

Curso *La indecible suerte de nacer mujer*

Luisa Muraro, Barcelona abril 2012

En la cuarta clase ("Como cuando se enciende la luz") de su asignatura *La indecible suerte de nacer mujer*, impartida en abril de 2012, Luisa Muraro narra una experiencia que resonó en algunas de las asistentes con un eco de sucesos similares. La experiencia de intentar llevar las ganancias de un saber nacido entre mujeres a otro contexto y sentir que lo que acontece se parece mucho a un fracaso.

Fue precisamente al final de esta clase que Luisa propuso a las alumnas un tema de redacción: La dificultad de ser mujer/hombre en nuestra experiencia vivida. Y pidió que fuera corto, orientándonos también sobre la metodología para hacerlo, lo que ella llamó "la cura de adelgazamiento": escribir el texto tan largo como nos fuera necesario y recortarlo después hasta llegar a los 2.400 espacios, incluidos los espacios en blanco. Una vez leídos nos los devolvió, haciendo un comentario individual de cada texto, de su contenido y a veces de su forma.

Cada una, cada uno, escribió haciendo resonar las palabras oídas en clase, la pregunta de Luisa (**La dificultad de ser mujer/hombre en tu experiencia vivida**) y la propia historia. El resultado es un ramillete multicolor, en el que se aprecia, además de los diversos matices de la escritura, el modo particular que adopta cada una para atravesar la dificultad. Porque con su invitación, Luisa nos obligó a escoger un momento o una cuestión determinada de entre todo nuestro repertorio, a detenernos ante ella y sobrevolarla, para poder verla con distancia y de forma entera, medirla, y en el mejor de los casos, darle otro sentido. Otro sentido, ya que el original se topó (o se topa todavía) con la realidad que le hizo obstáculo. O estaba tan oscuro que no se veía sentido alguno. Para muchas de nosotras la invitación de Luisa fue la oportunidad de iluminar a ese aparente sinsentido, fracaso o momento oscuro, y, en algún caso, sacar algo de él. ¿El qué? Pensamiento para una misma, para las demás y para el mundo.

## **“La dificultad de ser mujer/hombre en tu experiencia vivida”**

Lourdes Albi

“Las mujeres se toman con dios una libertad que los hombres ni se imaginan” dices en tu libro *El dios de las mujeres* y recogidas en esta frase están dos de las dificultades mayores que yo encuentro en mi ser mujer: mi libertad en el mundo y, especialmente, en la relación con los hombres. ¿Qué es lo que quiere una mujer? se preguntaba al final de su enseñanza Freud. Como él, otros y otras muchas se lo preguntan, gente corriente, no solamente psicoanalistas. Para mí no siempre está claro lo que quiero, pero cuando lo está, puede ser tan sorprendente que tampoco encuentra fácilmente un lugar en el mundo. Esta libertad necesita realizarse en medio de mi vida de cada día, acompañada y acompañando todo lo demás, y a veces se manifiesta con un impulso tan fuerte como el mandato de la felicidad que apuntabas en tu cuarta clase. Y no siempre es cómoda ni para mí ni para las/los que están conmigo; cuesta aceptar los caminos que toma porque frecuentemente no están previstos. Sobretudo para los hombres; ellos, es cierto, ni se lo imaginan. No es nueva para mí la sensación de que algo se está creando dentro de mí, todavía no sé lo que es pero intuyo que romperé algo que ha estado ahí mucho tiempo. Sin saber los caminos que tomará, lo que sí sé es que no quiero renunciar a ello. No lo puedo todavía explicar y me piden explicaciones. Lo intento pero no consigo hacerme entender. Yo confío en el proceso pero el otro desconfía más. Sostener la incertidumbre no es propio de hombres. Aún no. Pero algunas veces, como un resplandor más o menos fugaz, el milagro lo ilumina todo: un amigo escribe<sup>1</sup> “Algo de esto sucede entre los dos, Lourdes y yo, cuando conversamos. Nunca sé del todo desde qué lugar me habla. No sabría decir muy bien por qué no me resulta incómodo, aunque más de una vez me haya dejado en vilo. Está claro que me embrollo, pero en la medida también que me desemrollo. Puedo añadir que con su conversación descubro a veces que aprendo a hablar.” Para que eso suceda, lo dije en clase y surgió la risa entre las asistentes, he comprobado que sólo hay una manera: acercarse poco a poco a él (sólo uno cada vez, en una aproximación única y concreta) y esperar que la relación lo sorprenda, y asombrado –casi un poco desorientado, como se describe mi amigo- se deje ser, abriéndose poco a poco a mí y a la relación conmigo, al mismo tiempo. Igual que hago yo. Se da algunas veces pero hay que saber que no todos pueden o quieren, ni siempre se da, ni es para siempre. Tiene la marca de la contingencia. Pero es posible; yo lo sé porque lo he vivido con algunos.

---

<sup>1</sup> Josep Sanahuja: *Para introducir la buena distancia*, revista *Duoda* núm 28, 2005.

No sé si a lo que siento lo puedo llamar dificultad o más bien tristeza. Las mujeres de mi familia, mis referentes, quienes nos han cuidado y han hecho muchísimo por nosotros, quizá demasiado, parecen no ser felices. Eso me entristece enormemente y me hace querer entender. Ojala pudiera ayudar.

Hoy fui a comer con mi madre que está cuidando a mi abuela, su madre, que padece Alzheimer. Fui con mi novio, Ben. A mi abuela le encantan las visitas, y el cariño. Siempre tiene muchas preguntas para hacerte, aunque las repita mil veces. Cuando he llevado los succulentos platos a la mesa, mientras mi madre seguía en la cocina y me disponía a servirle la comida a mi abuela en primer lugar, ella ha espetado, con una sonrisa y mucha educación: "¡primero a los hombres, que son más importantes!". "¡Pero abuela! ¿cómo puedes decir esto? ¡No es verdad!" Y ella tapándose la boca con la mano, con la expresión de una niña que ha dicho algo que no debiera, me ha contestado "bueno, bueno, quizá somos igual de importantes, pero algunas veces los hombres lo son más".

Mi madre es una excelente cocinera, he reconocido el olor de la paella de pescado mucho antes de llegar a la casa. Además, nos había preparado unos entrantes deliciosos. Para mi madre, la comida es un eje central alrededor del cual pivota su vida. A través de ella alimenta a las personas, las cuida y las agasaja. Siempre recuerdo a mi madre en la cocina, allí es donde ha pasado una gran parte de su tiempo, donde comíamos y estábamos juntos, donde se encuentra con mi padre después de sus largas jornadas de trabajo o donde lee el periódico en su tiempo libre.

La comida es su placer y su vicio. Tiene problemas de salud, lleva una prótesis en la cadera, ahora deberían operarle la otra, sufrió una operación en el pie muy mala y sufre artrosis muy dolorosa. A cada paso que da se le compunge la cara de dolor. Si le quitas la comida, le quitas su único placer y sólo mencionarlo se enfada mucho.

Le he preguntado si había ido al médico porque la he visto más coja que nunca. También le he preguntado que si había ido al dentista porque una encía se le está volviendo negra desde hace mucho tiempo. "¡No empieces otra vez! ¡Siempre estás martirizándome, sólo me faltas tú!" me ha chillado. "Pero mama, cómo puedo hacer para hablar de esto sin que te enfades?" le he preguntado. "Mira, este es el menor de mis problemas, así que deja de agobiarme". Y es verdad, siempre que la veo no puedo evitar decirle algo, pero a veces pienso que en lugar de ayudar consigo que se sienta peor. ¿Sería mejor no decir nada, ya que no la veo mucho? ¿Sería mejor decirle sólo cosas bonitas?

Me entristece muchísimo que cuide tan poco de sí misma.

Alexandra Lexa - Barcelona, 22 de abril de 2012

## **La dificultad de ser mujer/hombre en mi experiencia vivida**

Nací mujer a finales de los '80, se suponía que las que vinieron delante ya habían quemado sujetadores, reivindicado y revolucionado el mundo, haciendo patentes las diferencias, marcadas por el sexo, entre hombres y mujeres. Se supone que, nací en un mundo que ya había empezado a cambiar, cada vez más mujeres tenían estudios, e incluso empezaban a ocupar puestos de poder anteriormente solo reservados para los hombres. Pero, a pesar de todo ello, a veces me he preguntado como hubiera sido mi vida si hubiera nacido hombre, y no por su forma de razonar o actuar, sino por como la sociedad se ha comportado en determinados momentos conmigo. Quizás si hubiera nacido hombre las cosas hubieran sido más fáciles en determinados momentos, no lo sé, se que hubieran sido diferentes.

Nací en una familia de clase media donde he vivido como las mujeres no lo han tenido fácil, pero, se supone, eran otras épocas. Mi bisabuela fue madre soltera en un pequeño pueblo a principios de siglo, y mi abuela tuvo que trabajar des de muy joven cocinando. Sin embargo, mi madre pudo estudiar y trabajar de maestra. Ellas me demostraron que las mujeres podemos aguantar mucho y luchar por lo que queremos.

Nací en una familia con ideas "teóricamente" modernas, mi madre y mi padre estudiaron y "felizmente" decidieron formar una familia. Pero, según pasó el tiempo salió a la luz la diferencia hecha por él hacia ella y el tratarla como un ser inferior. Viví una infancia marcada por malos tratos, físicos y psicológicos, hacia mi madre. Pero, quiero pensar, que eso también marcó mi vida y mi forma de ver las cosas. ¿Mi dificultad de ser mujer en mi experiencia vivida? Creo que si hubiera sido hombre no me hubieran tratado de la misma manera, a pesar de ello sé que como mujer cuento con numerosas armas y puedo salir adelante.

Vivo en un mundo que sigue siendo machista a pesar de los esfuerzos de muchas, y alguno, por cambiarlo. Pero creo que salir a la calle día a día y demostrar lo que somos ganamos un poquito a diario la batalla. No sé si el enfrentamiento directo es la solución, pienso que según el momento.

No me considero el, para mi mal denominado, sexo débil, me considero por encima de todo mujer y persona. Claro que, como todas, me he tenido que enfrentar a posiciones machistas, pero, como todas, sigo adelante. Poco a poco, como pequeñas hormigas juntas caminando y cambiando.

Al principio no sabía muy bien que escribir en esta página, no sé si es lo que se buscaba o preguntaba exactamente, pero creo que es un pequeño pedacito de mi, de donde viene mi actual forma de ver el mundo o pensar. Considero que a mis 23 años tengo poca experiencia vivida y que me queda mucho a lo que enfrentarme.

Reflexionando sobre esta pregunta, empecé a buscar episodios concretos de discriminación que hubiera vivido en primera persona. Sin embargo, me di cuenta, de que a pesar, de que conseguí recordar algunos, éstos no habían causado en mí el más mínimo trauma, más allá del enfado del momento.

Mi vida, como mujer, ¿había sido “tan plácida”? La respuesta era un no rotundo. En mi caso, la dificultad de ser mujer tiene que ver con la cuestión identitaria. Con lo que se supone que es la feminidad, en lo que define a una mujer, cuáles son las características que le son propias. Este concepto debe ser común a toda la sociedad, de manera que a través de él, las mujeres son reconocidas como tales, por los demás y por ellas mismas. O lo que es lo mismo, por hombres y mujeres. Dicho así, suena (o me suena) un tanto rígido, pero es lo que de alguna forma menos explícita, me transmitió mi madre.

Ella me educó según unos valores que ella definía como femeninos específicamente. A grandes rasgos, una mujer debía ser sufrida, debía tener la capacidad de sobrellevar la carga de los problemas (familiares) sin que se le viera afectada por ello, y menos aún, de puertas afuera. La habilidad y el interés en y por las tareas domésticas, no es que fuera propio de todas las mujeres, pero sí de las mujeres respetables. También cierta coquetería y los ademanes y gestos propios femeninos. La feminidad, en este aspecto, podía determinar desde la forma de sentarse a la dirección en el que una estruja un paño de cocina. El problema, mi problema, es que jamás pude tomar como propios aquellos valores, ni gestos. Y mi madre, jamás me vio, ni me ve, como una mujer, como una igual. Esto que pudiera parecer en extremo simplificado, me llenó, ahora me doy cuenta, de inseguridades.

Tardé en sentirme identificada con otras mujeres, hasta un poco más allá de la adolescencia, sintiéndome siempre un algo entre esto y aquello, algo así como una mujer incompleta. Sin embargo, a medida que crecí y conocí a otras mujeres reconocí, en ellas y en mi, otras cualidades que me pasaron desapercibidas como propias de mi sexo. Mujeres a las que respetaba también carecían de partes de mi definición materna de la feminidad.

Al madurar, adquirí un concepto más amplio de la feminidad pero también aprendí el valor de la propia identidad femenina. La transmisión de valores es importante, pero también lo es la adquisición y elección de los mismos según la experiencia vivida. El reconocimiento de los demás, empieza por el de una misma.

T.P.

**ASIGNATURA: La suerte de nacer mujer.**

**PROFESORA: Luisa Muraro**

**ALUMNA: Ana Ruiz**

**Primavera de 2012**

**"Quién encuentra el punto de coincidencia entre cosas tan distantes como la propia intimidad profunda y la economía global, obtiene un protagonismo muy distinto de que da el predominar sobre los demás. En ese punto se llega a *sentir el ser.*" Luisa Muraro.**

Cuando era casi adolescente era muy chiquita -la cosa después no mejoró mucho- y tardó bastante en venirme la regla. Todas mis amigas de clase ya la tenían, y también tenían pechos. Yo nada. Un día, escuché decir a unas compañeras que la mamá de una le había dicho que era muy probable que nunca me viniera la regla y me quedara enana. Poco después mi papá murió y mi mamá despertó de nuevo a la vida -corrían los setenta- se "liberó" como mujer y más que madre fue una amiga. Como amiga me recomendó que nunca tuviera hijos, eran un verdadero lastre, decía ella que había tenido cuatro. También se liberó de nosotros, pues. Y crecimos, tres hermanas y un hermano, y una madre sin función, en asamblea. Fue difícil para nosotros y me consta que también para ella. Fuimos una familia distinta.

Y lo que para nosotros era falta de cariño de polluelos, para nuestros amigos era modelo, puesto que gozábamos de libertad absoluta. Vivíamos esta contradicción.

A mi me había venido la regla finalmente, pero me había quedado canija, poca cosa. Poca mujer, pues, ajena a los estereotipos, desprovista de todo modelo. Esto me hizo revolucionaria, soñadora y sin miedo. En la práctica aventurera.

Vivía en mi lo femenino y lo masculino, asociando lo femenino a mi fragilidad y lo masculino a mi fortaleza. Crecía en esta dinámica una persona. Tengo una profesora que se enfada cuando me llamo persona. Dice que persona significa máscara. Vale, tal vez precisemos un poco de máscaras para no herirnos, pienso yo cuando me siento herida por ella.

Con el paso de los años, encontré un lugar dentro de mi que me confortaba mucho. Un lugar donde estaba en casa y al que siempre podía regresar. Ese lugar era eminentemente femenino y por cierto, nada frágil. Era como un regazo inmenso en el que acurrucarme y ser niña. Es. Primero pensé en la tierra, puesto que este lugar sabe a hierba, a inmensidad, a tierra y a ancestral. Luego le llamé diosa y la busqué en el pasado. Pero se hizo presente y se llamó Yo Mujer en mi y más allá de mi. Vivo en sus brazos. Abre un interior más inmenso que el exterior. Y está antes y después en el tiempo y en el espacio, los trasciende.

Ahora pienso que la vida es como yo -en realidad como cada una de nosotras- revolucionaria, soñadora y aventurera, un baile femenino y masculino. Mis pies marcan los pasos, sus pasos. En mi está todo contenido. También la música.

## Reflexiones sobre la línea femenina.

Sí claro, tengo dificultad como mujer y tiene que ver justamente con no poder advertirla... Nunca había prestado atención a las líneas masculinas y femeninas que me atraviesan que arman mi ser. Si bien indagué en la relación con mis padres, por terapia necesaria cuando se separaron, no desde este nuevo horizonte de comprensión o relación " el amor femenino de la madre" sospecho tiene que ver con un mundo masculino aunque, contradictoriamente, de una presencia femenina evidente, en el que me tocó crecer.

Soy la hermana del medio, tironeada de mis otras dos hermanas que tienen edades extremas, han vivido poco juntas. Cuando la más chica nació, al poco tiempo, la más grande se casó. Siempre recuerdo mi adolescencia como esa temporada dulce en la que viví conjuntamente con mis dos hermanas. Mis padres ya se habían separado y llegó una tía de NY se quedó viviendo con nosotras, éramos 6 mujeres porque la mujer que nos cuidaba, a las tres hermanas cuando mamá trabajaba, era como de la familia. Fue nuestro período rosa! Todas lo sentimos así porque papá y mamá tenían una relación muy podrida, muy desgastada y mamá a veces se veía como esa mujer perdida que era más clavo que cuadro. Lamentablemente cuando mamá se casó otra vez, todas volvimos a separarnos.

Desde que nació mi existencia fue en gran parte masculina, mamá siempre cuenta que pensó que era hombre porque hasta nacer no sabía mi sexo. Papá en ocasiones, es extraño, pero ocupó el lugar de madre para mí. Nunca lo cuento porque me parece algo excéntrico ja! Pero al menstruar por primera vez fue él quien estuvo yo no sé cómo hizo, si ya lo sospechaba, si estaba contando los meses.. pero cuando pegué un grito en el baño, él ya sabía y me socorrió con festejos: mi hijita se hizo mujer! He olvidado la reacción de mi madre...

Es muy complejo reflexionar sobre el ser, es muy comprometido además cuando una es mujer y cuando la experiencia entera de mi sociedad es masculina y al parecer la de mi familia también lo fue... Tadeu Da Silvia explica que la experiencia femenina revolucionó la epistemología 180 grados porque el mundo masculino es como un mundo hecho a la medida de gigantes y la mujer tiene un mundo hecho a una escala más pequeña, entonces cuando piden igualar derechos no se trata de acceder a ese mundo, ya que a simple vista no podría actuar en él, ella necesita transformarlo...No me gusta la metáfora de las alturas que usa Tadeu pero como ejemplo es sencillo.. cosas tan sencillas que no he sabido comprender hasta ahora.

También siento un revolución de 180° ¿No sé si mi madre perdió su sustancia con mi padre? O ¿Quizás mi madre era, pensando en Frantz Fanon, una mujer con máscara de hombre en ese mundo gigante siempre remándola para estar dentro de él, sin quedarle tiempo ni fuerza para reflexionar sobre su vínculo con nosotras? No lo sé y a diferencia de la adolescencia, ya no la juzgo. Hace poco comencé a recordar otras cosas de ella, el día que me dijo: No te cases con el primer hombre, pruébalos! Me quería decir, creo, que haga caso omiso a su ejemplo y así lo hago!

Este recuerdo es muy actual pero seguro debe haber más, la amo, es mi madre! Y en términos de Winnicott hasta es una madre suficientemente buena parece, jaja! Hace tiempo le decía Candelaria y cuando me enojo aún la llamo así, supongo que lleva su tiempo el reconciliarse...

Josefina Ramos Gonzales

**Tema principal:** *La dificultad de ser mujer/hombre, según mi experiencia personal*

En mi propia experiencia personal la mayor dificultad ha sido siempre la falta de libertad para poder realizar mis deseos para mi propio desarrollo personal. Las desigualdades en la educación de las niñas y de los niños, en la propia familia, en la escuela y en el resto de la sociedad. No tener acceso a una economía propia, a pesar de trabajar siempre muy duro, dentro y fuera del hogar.

Para huir del patriarcado, en casa de tus padres, te ves obligada a casarte porque es lo que se espera de una mujer. Al estar casada con un igual empieza tu lucha por la libertad y tropiezas con una muralla. A la mujer se le exige que el hogar debe estar perfecto y el esposo debe ir con todas sus necesidades bien cubiertas y esto es una obligación que se le exige a las mujeres. Los hijos también deben ir bien cuidados, con todas sus necesidades cubiertas y ser atendidos por sus madres. Al tener que cuidar de los hijos del hogar y del marido no tienes tiempo para ti, incluso si encuentras un trabajo se ha de compaginar con todo ello. Te encuentras atada a unas obligaciones que pueden ser muy satisfactorias o no, según tus deseos, o según tus circunstancias personales en cada momento de tu vida. Como mujer está expuesta a las críticas familiares, sociales si no te sometes a los cánones establecidos para nosotras, las mujeres en cada momento histórico y en cada contexto social. El honor y la vergüenza familiar o patriarcal también lo he vivido como algo que depende del comportamiento de las mujeres.

Muchas veces tu lucha no es entendida por otras mujeres y te sientes fuera de lugar, aunque estás convencida de que estas haciendo lo correcto, lo que se debe hacer. Muchas veces te sientes desanimada, incomprendida y sola, sin ningún apoyo, aunque sabes que tu lucha es bien para todos, en primer lugar para los miembros de tu propia familia y de toda la sociedad en general.

La dificultad de ser hombre, la principal dificultad es la educación recibida con el patriarcado, esta educación les obliga a diferenciarse de las mujeres y les enseña a sentirse superiores por lo que se les debe de someter. El patriarcado quiere separar los hijos de la madre porque cree que ella los educa mal, los hará afeminados y blandos como las mujeres, se les ha de alejar de la influencia de la madre El hombre no debe expresar sus sentimientos, sus emociones. No se debe dejar llevar por las mujeres, el hombre debe ser el conquistador.

El hombre no entiende a las mujeres son muy complicadas, chillan están histéricas, pero el no se ve cuando está intentando imponerse por la violencia y la falta de consideración hacia las mujeres. El deseo de propiedad: la mujer es de su pertenencia, es como una esclava y no puede mirar a otras personas, sobre todo a otros hombres: los celos le corroen. Piensan que teniendo a la mujer sujeta ellos serán más felices y no se dan cuenta que para que haya felicidad hay que permitir el desarrollo de las personas y esto solo se consigue con libertad y confianza mutua. El hombre no sabe lo que se pierde al no saber buscar en la mujer su esencia su forma de ser y respetarla y apoyarla en su vida diaria y en sus propios deseos.

Estas y muchas mas cosas son las dificultades que yo en mi vida me he ido encontrando y con las cuales voy batallando en el día a día: cuando puedo hablo, a veces callo, con mi ejemplo, en la educación de mis hijos, en mi trabajo, en mi casa, con mi marido. Son muchas las dificultades, pero no hay que resignarse.

Reflexión sobre la dificultad de ser mujer  
Para Luisa Muraro de Rosamaría

Dos cuestiones resaltan en mi experiencia sobre la dificultad de ser mujer: la imposibilidad de desarrollar fácilmente la propia especificidad del sexo femenino y la falta de permiso para el balbuceo.

Me explicaré, empezando por la primera de las cuestiones, Cuando digo que mi experiencia de dificultad se relaciona con un desarrollo difícil de las especificidades de mi sexo femenino, me refiero a que **he tardado mucho en poder reivindicar, desarrollar y reconocer la importancia de una serie de aspectos (morales, de capacidad, relacionales ) que existen, precisamente, porque soy una mujer.**

Nací la pequeña de un grupo de 4 nietos, de los cuales, 3 eran varones. Una hija no deseada pero una niña esperada. Y sí, se esperaba a una niña, pero no a la niña Rosamaría quien, desde muy pronto fue informada que no cumplía los estándares de las niñas "normales" (¿los estándares del género?. Seguramente sí): demasiada iniciativa, poca docilidad, excesivo desajuste a lo que debía hacer "como niña" (cosas "divertidas" como poner la mesa, ir a comprar el pan, etcétera...)

Pero era una niña y por tanto, había en mí cosas propias de mi género que sólo mucho tiempo después fui capaz de reivindicar: la intuición, una moral más propensa a la equidad (como justicia natural) que a la justicia normativa, la capacidad de "hacer sitio" al otro, la tendencia a cuidar, como las más importantes. Porque todos esos valores estaban permitidos y valorados en las niñas pero, a la vez, estaban desvalorizados dentro del contexto social. Eran considerados "secundarios", precisamente por ser propios de las mujeres.

De esta imposición al estereotipo ha surgido mi postura feminista, que he venido desarrollando activamente hasta ahora, con sus limitaciones pero también con sus logros.

La segunda dificultad me ha sido aclarada, en gran manera, a través de tus escritos y de las opiniones de las compañeras. Creo que sin ellas no hubiera entendido la grave dificultad que ha consistido **en creer que debía articular en solitario, la mayor parte de mi discurso** (de mis ideas y argumentos) sin haberme podido permitir el balbuceo entre iguales y con él, la ayuda (mayéutica) que hubiera recibido de las otras mujeres en el momento de parir mi discurso.

Estoy en ese descubrimiento que no será en vano.

Palma, 23 de abril de 2012

## Experiencias de mi excelencia femenina

A los catorce años tuve mi primer ataque de revelación que recuerde, llegue donde estaba mi madre trabajando en su máquina de coser, y le dije mami: Córta-me los brazos si quieres, pero yo no seguiré planchando la ropa de mis hermanos. Comprendí el significado de las obligaciones de hacer, nadie podía forzarme a realizar algo conscientemente, prefería morir que seguir planchando.

Luego a mis cuarenta años, vislumbre de donde venían mis continuos ataques de intestino irritable inconscientemente mi expediciones me obligaban a hacer lo que me robaba la paz, el litigio en el derecho, abogada especialista en desahucios inquilinarios, un día me volvieron los ataques de histerias y abrí una cortina gracias a los destellos de mi propio misticismo que los reconozco, apruebo y respeto, porque sabía que había algo más que un simple vivir-muriendo.

conseguí , el reconocerme mujer y femenina, al día de hoy vivo desde mi persistencia en la poesía y con mis sueños haciéndolo a mi propia medida, lejos muy lejos de donde no quiero que me encuentren (entre ellos, el ejercicio del derecho), nada fácil decir en estos tiempos que cambiar mi bufete - sin un salario alto- sin los reconocimientos sociales por una vida llena de libros de poesías y de revistas de Duoda.

Mi excelencia femenina en casa es llamada irreverencia por quienes tantas veces no me comprenden, a esta necesidad de mi libertad continua del hacer y no hacer, no como un regalo o como una obligación sino como un infinito lleno de amor y paz vivido en mi propio tiempo, que día día voy mereciéndome.

Un par de fragmento en mis destellos poéticos ..

..Soy de la generación de la irreverencia

### **La reina de la contra flecha**

Fortuna solitaria,

Hoy me antojo buscar mi libertad

Para entibiarme el alma...

Evocando a alfonsina Stroni y a Virginia Wolf-en mis desesperos suicidas...

**...El tiempo más apreciado,**

**Cuando estuve sumergida en el mar mediterráneo,**

**Sentí que me marchaba,**

**Pero la paz me incorporo**

**en el cuerpo las ganas de devolver el alma a quien le pertenece...**

**....viviendo mi desapego.**

Rosalinda Torres

## La dificultad de ser mujer

Núria Beitia Hernández

De niña vi la dureza de vivir una vida en femenino en mi madre, en mi abuela, en mi bisabuela, en las vecinas y en las "mujeres de la calle"<sup>2</sup>. Mientras fui una niña creí que la dificultad de sus vidas tenía que ver con su suerte personal, con el hecho de haber nacido en un contexto pobre y/o marginal y también con su falta de ambición.

Fui una niña que imaginó y también creyó que podía recrear su propia vida y trascender su suerte, que lo que les pasaba a casi todas las mujeres que conocía era contingente, me negaba a relacionarlo con el hecho de que hubieran nacido mujeres.

A los 13 años una noche, al volver del instituto, tuve miedo. El miedo y un conocimiento me atravesaron el cuerpo al pasar ante unos chicos algo mayores que yo que estaban en grupo en la plazoleta de mi barrio: sentí y supe que ser mujer es peligroso<sup>3</sup>. No recuerdo bien lo que los chicos dijeron o hicieron. Quizás no fue nada, en todo caso no fue una agresión directa por su parte lo que viví. Lo que sentí fue el peligro de correr un peligro. Supe que podía tener la mala suerte de ser atacada, violentada y/o herida no por algo que había hecho, ni tampoco por la arbitrariedad de un posible agresor o por el azar de ser la única que pasaba por allí. Mi miedo tenía que ver con algo que yo era: una muchacha que se estaba haciendo mujer.

Abulté mi abrigo para disimular mi incipiente pecho y me tiré el pelo hacia la cara para tapar mi rostro. Caminé deprisa y desgarrada, mirando al suelo. Ese gesto de esconderme, de invisibilizarme, me había protegido, había sido hábil y rápida encontrando una estrategia para defenderme de un ataque loco. Digo loco pues tiene algo de paranoico: no había ocurrido nada en lo real pero el daño era grande en lo simbólico<sup>4</sup>. Creer que ser visible y ponerse en riesgo eran la misma cosa me hizo sentir tristeza, miedo y rabia.

Ser mujer también se me hace difícil cuando me siento reconocida a través de una burla o de un ninguneo. Por ejemplo cuando llamo a un electricista y éste pregunta por mi marido para dar el presupuesto. Mi venganza está en contestar que no tengo marido, cosa que no todos los electricistas entienden.

La dificultad de ser mujer más dolorosa suele tener que ver con la dificultad de no ser reconocida por otra mujer. La dificultad actual más paralizante pero también en la que me pongo más en juego tiene que ver con el hecho de ser la madre de una niña.

---

<sup>2</sup> "Mujer de la calle" es, en castellano, una forma de decir prostituta. Yo crecí en el actual barrio del Raval, entonces se llamaba Barrio Chino y las prostitutas y la convivencia con ellas formaron parte de mi paisaje cotidiano. Para las mujeres de mi familia y las vecinas estar casada/ser honrada era un más en comparación a esas otras mujeres. Una forma un tanto perversa de sentirse afortunadas en su propia dificultad e incluso desgracia.

<sup>3</sup> Creo que la expresión de tu texto "La mujer al volante es un peligro" es un desplazamiento de "ser mujer es peligroso para una mujer"

<sup>4</sup> Ahí fracasan las medidas de protección judiciales y policiales hacia las mujeres: una mujer sabe del peligro que ha corrido pero las cosas no son denunciables (ni sobre todo previsibles) sin pruebas y sin lo que la ley considera delito.

## La indecible fortuna de nacer mujer

Estimada Luisa:

Desafortunadamente, no podré asistir al Curso esta semana, pero me gustaría entregarle la tarea que propuso el jueves pasado. Es una apreciación sobre un pasaje en la pág. 2 del Tema 3. *Reconocer la excelencia femenina*.

Citaré los dos párrafos para poder comentarlos:

“Sobre este tema me inspiro en ideas expresadas por una pensadora grande y solitaria, pero amada por mujeres y hombres, la francesa Simone Weil en sus *Cuadernos*. Hablando de justicia (“composición concordante en planos múltiples”), ella escribe: está escondida y vale solo para el conjunto; antes de llegar a sentirla “es necesario haber sentido hasta qué punto ella no existe”.

Cuando interviene la diferencia sexual (y en este sentido digo: entre mujeres y hombres, como también entre mujer y mujer) se juega un partido que *sobrepasa las medidas de la justicia*, con efectos de tensión y conflictos que hasta ahora han sido entendidos mal y resueltos peor.”

### Comentario

Me parece un hallazgo grande el concretar que el reconocimiento propio y en relación de la excelencia femenina es una forma de hacernos justicia, produciéndose entonces esa composición concordante en planos múltiples de Simone Weil, donde la cosa es nombrada y puesta en juego: se juega desde el reconocimiento de la verdad de las mujeres que es su excelencia, su saber estar en el mundo. Es una idea de la justicia mediada desde el amor o la gracia.

Sin embargo, me parece ver en su texto un reconocimiento poco claro de que la justicia –como el derecho o la psicología- puedan vivir en los dos regímenes de la mediación. Cuando habla del “partido que sobrepasa las medidas de la justicia”, yo creo que no está haciendo alusión a la justicia de Simone Weil sino a aquella mediada por la fuerza. Pareciera que en los dos párrafos habla del mismo sentido de la justicia pero yo creo que no es así. El juego de la diferencia sexual no sobrepasa la justicia del amor, al contrario, la ronda constantemente en su frecuente ausencia. Es una justicia, un más allá, un horizonte que reconoce la asimetría entre los sexos y el cuidado del amor como medida.

Cuando con tanta rotundidad usted critica el derecho o la psicología, es bueno que deje una rendija abierta a la posibilidad de otra mediación con el derecho o con la psicología, porque casi todo la tiene, hasta la violencia. Porque “siempre hay algo más”. Así, para quienes aprendemos de usted, sus alumnas, no sería tan fácil caer en la trampa de que hay caminos que es mejor abandonar. No es así. El derecho, que es lo que a mí me toca y casi me mata por no verlo desde la gracia, vive en los dos regímenes de la mediación (que, a veces, se superponen verticalmente – otra vez en palabras de Simone Weil-): hay normas que sirven para la

convivencia –y son imprescindibles cuando hay violencia o cuando no se puede dar la relación viva- y hay normas, muchas, que sostienen un sistema de dominación. Por ejemplo, yo veo en usted una mujer fuente del derecho, una mujer con muchas leyes. La excelencia femenina es muy dada a poner leyes que ordenen, que pongan límites, que hagan simbólico y, a veces, aplasten en su desmedida. La justicia persigue a la excelencia femenina. Como escribió María Zambrano: “Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos” (1976, *La Pièce*, carta a Juan Soriano).

Le agradezco mucho su atención y su enseñanza, que me ayuda a seguir adelante en el trabajo de temprar libertad y amor.

La saludo cordialmente,

Laura Mora Cabello de Alba